

Carta de un Lector

Por Guillermo Ferreyra

Creo que uno de los retos más grandes que hay en la vida es el de enfrentar una hoja de papel, una lámina, un cuaderno, un lienzo en bastidor sobre un atril, un block de notas, un cartón, una servilleta del bar para tomarse un café solitario y cotidiano. Todas en blanco. Todas en blanco y esperando que se las cargue de sentido. Siempre pienso que las del Bar eso lo manejan mejor porque su uso, en el público general, no está en el de dibujar, tampoco el de escribir una novela dado su pequeño tamaño, o el de escribir un poema corto mal escrito con borrón y cuenta nueva, o un documento, aunque confieso que he visto algunos de amor eterno firmados en ellas. Ocasionalmente sirven para escribir un teléfono apurado, una dirección o un dato a las apuradas. Pero la gran mayoría de ellas terminan arrugadas, manoseadas y manchadas como un destino. Al fin y al cabo, cumplen para lo que por su concepción fueron creadas.

¿Pero qué pasa con todas esas superficies en blanco, las demás, cuando uno tiene deseos de manchar, sanar y necesariamente, su pulcritud nivea????

Me refiero a cuando uno tiene, y quiere, escribir, dibujar, pintar, para transmitir y plasmar una idea, un sentimiento, un sueño, conocimientos, que uno quiere y necesita expresar como una punción irrefrenable.

Es un momento agudo. Es romper la barrera. Es una sensación de arrojo al vacío. Es un momento que parece eterno y en el que el tiempo se detiene.

Luego empiezan a surgir palabras, colores, verbos, tonalidades, adjetivos, texturas, metáforas, claros oscuros, frases fuertes, luminancias, volúmenes. Y luego borrar, corregir, revisar y volver. Y la constante y permanente duda si lo plasmado es todo lo claro y completo a lo por uno esperado para transmitir al otro.

El papel, el catón, la tela, me atraen, me gustan sus texturas, sus olores y su permanente desafío de verlos lleno de contenidos. Me entristecen los cuadernos, los libros, las telas, los cartones, y muchísimo más los Diarios de Vida, en blanco.

La modernidad nos trajo la pantalla del Computador, cosa a la que yo le escapo porque aparte me suma más incertidumbre. Ya estoy grande, me crie escribiendo, y recibiendo, cartas en papel, leyendo apuntes en papel, muchos libros en papel, dibujando y haciendo entregas en la Facultad en papel.

Pero el asunto es otro ahora. Es que se siente al enfrentar una superficie en blanco.

No creo que nadie en su sano juicio no haya experimentado ese vértigo previo, esa adrenalina, esas sensaciones de romper ese silencio y de la “nada” que da una superficie en blanco, ante los ojos y dándote la cara, que espera sin darte ninguna pista, por dónde empezar.

Me imagino a los escritores, a los pintores, a los profesores, a los científicos, a los poetas, a los actores, a los músicos. A los de antes y a los de ahora. A los reconocidos y los anónimos. Los que motivados por una fuerza interna la encararon, y encaran, llenan y dan sentido a todas las superficies blancas para que la “nada” se vaya a la nada. Para que los sentidos, las emociones y las ideas fluyan haciendo vibrar la vida. Todos, todos enfrentaron ese blanco niveo y lo derrotaron.

Este escrito nace de un capricho propio de expresión. No soy Escritor, y a lo lejos puede notarse. Solo quería acercar mi agradecimiento y sobre todo admiración a todos los que escriben, pintan, dibujan, a los científicos, a los que cuentan sus historias, crean música, actúan, a todos los que me corren la “nada” y el silencio, a los que rompen la barrera, a los me nutren, motivan, me hacen pensar, me movilizan y que con absoluta libertad se expresan.

Muchas gracias Julieta y Gustavo por la oportunidad de escribirles, expresarme, y siempre “Hay que decirlo con Libertad”. Siempre.